

Granizo

Dayana Fraile

Anzoátegui, 1985



El pobre anciano se sentaba ante el escritorio todas las mañanas. En las tardes también lo hacía, sólo que yo nunca andaba por allí a esas horas y entonces cuando lo recuerdo puedo sentir cómo la resolana me lastima un poco los ojos. Siempre dejaba las ventanas abiertas.

Las maneras del ritual sobrevivían a la mengua, a un altar de fórmica escarapelada y a los anillos falsos en la madera falsa. Su espalda hacía una curva estrecha, parecía una c minúscula, sujeta por un extremo al suelo y por el otro a una hoja amarillenta de papel. Aún puedo verlo con sus bolígrafos de plástico y sus lápices mongol metidos en el bolsillo de la camisa. Siempre camisas de cuadros con botones al centro y pantalones de vestir para estar en casa (las camisas siempre con diminutas manchas de tinta en los bolsillos).

Acostumbraba dejar también la puerta abierta, por eso al cabo de poco tiempo de haberme mudado al apartamento empecé a sentir curiosidad por sus actividades, lo encontraba invariablemente reclinado sobre el escritorio empuñando uno de sus bolígrafos sobre un fajo de papeles, cuando despertaba y me dirigía al baño a cepillarme los dientes y a darme una ducha.

Mi nuevo hogar era un cuchitril, luego de la puerta principal, una pequeña sala, y después sólo un pasillo muy largo con cuatro puertas de un lado y una última puerta al fondo. La primera puerta era la de mi habitación, la segunda era la de la cocina, la tercera era la del viejo Giacomo, la cuarta era la del baño, y la puerta del fondo, era la de la habitación de la señora Chele y sus dos hijos.

La señora Chele estaba enferma. Nunca entendí por qué su puerta estaba pintada de azul y todas las demás de color crema. La señora Chele era hija del viejo, por lo tanto los hijos de Chele venían siendo sus nietos y lo llamaban *nonno*. Como el viejo era italiano y no sabía pronunciar correctamente sus nombres castellanos, él los llamaba como le daba la gana.

La señora Chele tenía cáncer. Pero en la época de la cual estoy hablando yo aún no lo sabía y creo que ella tampoco.

Cuando llegué allí sólo llevaba conmigo una maleta y una caja de libros, la maleta era grande y tenía ruedas, era de esas que puedes arrastrar del asa, hasta el fin del mundo si quieres; la caja de libros era muy pesada y me hubiese costado un mundo llevarla una cuadra más de lo que lo hice. Conmigo también llevaba una magulladura en la rodilla, y una visión algo rudimentaria de la realidad, cargada de expectativas delirantes. Considerando mi estilo de vida más bien modesto, la titánica confianza que ponía en el futuro me era ajena, no sé de dónde la sacaba puesto que no podía corresponderme de ninguna manera, esperaba que todo corriera como la seda cuando a mi alrededor todo parecía estar confeccionado con tela de saco.

Llevaba seis meses en la ciudad, un semestre aprobado en la Escuela de Letras y la extraña manía de escribir poemas en servilletas arrugadas que siempre terminaban extraviándose, sin que este detalle me molestara demasiado. La poesía iba y venía, y yo la dejaba, aunque en ocasiones se quedaba y cobraba las formas de un cadáver de perro descomponiéndose sobre la alfombra, un discurso ulcerado para recordar mejor a Baudelaire, para comer sus gusanos con gusto e imaginarme bizca, fea, prostituta, rimbaudiana, muriendo de frío o quizás de sífilis en París, sólo por la satisfacción que me causaba volver de aquellas recreaciones decadentes, y darme cuenta de que mi vida distaba demasiado de ellas, encontrándome linda, aunque demasiado delgada, en el espejo. Estas imaginaciones, tengo que aceptarlo, constituían una forma didáctica de afianzar en mí los valores positivos que, por lo general, se me iban en picada cuando recordaba la cómoda casa de mi vieja, en donde podía moverme a mis anchas, y en donde todos los objetos tenían una historia que conocía de memoria.

Mi habitación no era muy grande, pero los primeros seis meses que estuve en la ciudad conviví en un tipo estudio con

tres chicas y viví para contarlo, aunque en una ocasión estuve a punto de fracturarme seis costillas intentando bajarme de la litera a medianoche. Desafortunadamente Mary, que así se llamaba mi compañera de litera, había estado estudiando hasta tarde con una amiga y le había colocado una colchoneta en el suelo para que durmiera unas horas antes del examen. Como pueden imaginar, la desprevenida amiga de Mary atenuó mi caída, y en lugar de costillas rotas, me adjudiqué unos cuantos chichones y a dos estudiantes histéricas que me insultaban con un furor desmedido, consecuencia de los rezagos de la cafeína y el estrés de los parciales. Las chicas de la otra litera terminaron por despertarse y, sin entender muy bien lo que ocurría, se largaron a recriminarnos que fuéramos tan cualquier cosa. Insultos de todo tipo fueron aventados de una litera a la otra simulando una guerra de almohadas. Las palabras golpeaban suave como si estuvieran rellenas de algodón y sin embargo aturdían tanto que sentía la cabeza como un aparatito de bingo casero. De todo corazón, juro que hubiese preferido las costillas rotas antes que verme inmiscuida en toda aquella alharaca.

Me largué de allí, precisamente, porque necesitaba privacidad. Así, mi nueva habitación con todo y la vista a un riacho sucio, vertedero de aguas negras, terminó por gustarme. No tenía clóset, y la inopia de un armario milenario que la señora Chele escondía en el depósito fue suficiente, para evitarme el trajín de tener que guardar la ropa en cajas. No exigía demasiado porque el alquiler era barato y el edificio quedaba a pocas cuadras de la universidad y porque, a fin de cuentas, había aprendido a no ser tan exigente, y a morderme la lengua porque, en realidad, no me quedaba de otra. Nadie quería darme un empleo porque no llegaba a la mayoría de edad y porque, además, no sabía hacer absolutamente nada. Habían rechazado mi postulación a una de las becas que otorga la universidad, y aunque nunca entendí muy bien las razones de la trabajadora social, lo que sí pude entender y más que bien, apenas salí de su oficina, era que estaba jodida.

Por los momentos, ése era el lugar que mejor se adaptaba a mis posibilidades. Aprendí a llevar una vida frugal, a usar el sistema automatizado de búsqueda de la biblioteca, y a mimetizarme con el ambiente. Entendí que ser solidaria con los demás era, en cierto modo, ser solidaria conmigo misma.

Patricia y yo, al poco tiempo, nos hicimos entrañables vecinas. De todas las personas de la casa, sólo ella estaba autorizada para entrar a mi habitación. Por lo general traía hierba y *rolling paper* y nos echábamos en la cama a fumar mientras hablábamos de su novio Mario, nuestros intereses no podían confluír en modo alguno, porque ella al parecer no tenía intereses. Sus temas de conversación eran planos, más bien simples, y se deslizaban en una banda mecánica que se devolvía sobre sí misma transcurridos los primeros 45 minutos. Me quiere, no me quiere. Me engaña, no me engaña. Su novio Mario ocupaba, sin contemplaciones, los primeros 35 minutos.

La señora Chele siempre se sentía mal y casi nunca salía de su habitación, su hijo Marcelo, o Marchelínno en labios del *nonno*, era un personaje absolutamente irrelevante en mi vida cotidiana, y cuando, por casualidad, nos tropezábamos en algún rincón de la casa, nos ignorábamos de una manera sumamente cortés, sin poner caras y sin saludar.

No puedo negar que sólo me sentía cómoda encerrada en mi habitación, de tanto estar en ella, había empezado a sentir poco a poco que me pertenecía. En las otras estancias de la casa no dejaba de sentirme como una intrusa, las conversaciones de mis vecinos, sin excepción, me parecían a medio camino entre un todo coherente y un susurro sin sentido, era como si las palabras estuvieran atravesando paredes invisibles y quedaran reducidas a un ruido escueto e informe. Las escuchaba de forma accidental y me costaba siquiera imaginar, a través de un esfuerzo sobrehumano, las siluetas de los personajes que se movían en lugares que me parecían demasiado absurdos y en unas situaciones que se me hacían totalmente inverosímiles.

Algo que me sorprendió de entrada fue el notar, que si bien yo a veces andaba en apuros, ellos andaban en esas todo el tiempo. Estaban hasta el cuello de facturas por pagar y peleaban los unos con los otros bastante a menudo. La casa estaba hecha siempre una pocilga, creo que no es necesario decir que el desastre es un síntoma inequívoco de la

depresión crónica: los artículos especializados no mienten, el feng shui no miente, *Decora tu hogar* no miente, sólo miente cuando te dice que puedes construir un armario de tres metros de largo por cuatro de ancho sin saber ni un ápice de carpintería, sólo fijándote en las ilustraciones.

También estaba Popeye, la conserje. Patricia y Mario le decían así porque cuando caminaba acostumbraba a llevar los brazos flexionados como el tipo de la comiquita, había un no sé qué en la cadencia de esos brazos gruesos y desproporcionados que la hacía parecer un marinero bravucón. Sólo le faltaba la pipa. Pero se las arreglaba muy bien sin ella, en serio que sí, caminaba como si siempre tuviera un saco de boxeo pegado de la nariz y entonces se viera en la obligación de estar constantemente dándole de puñetazos y patadas para moverse apenas unos pocos milímetros. Tenía mil años y por eso también le decían Moonra, la inmortal, en honor al villano de la serie *Thundercats*, discontinuada hacía mucho tiempo, pero siempre a la mano para burlarse de quien uno quisiera. Todos los personajes de la serie eran criaturas extrañísimas, ¿algo así como mutantes? Mitad felinos, mitad personas, excepto el villano que era una clase de monstruo demasiado mala vibra que jamás moría, obviamente, para darle largas a la serie sin llegar al ridículo se las ingeniaron para argumentar esa arbitrariedad desde el principio.

Popeye, dígase Moonra o la conserje, había venido de Portugal mientras corría algún año lejano de nuestra era y tenía un acento tan marcado que, en ocasiones, se largaba a hablar y no se le entendía ni la a, un punto a su favor considerando que era muy malasangre y sólo sabía escupir serpientes y sapos por su boca desdentada. De ella sólo se dirá que jamás conoció lo que era una prótesis dental o una hojilla de afeitar. Era rústica, intolerante y tan agria como la leche cortada. Al parecer, odiaba a medio planeta. En su lista de personas no gratas se incluía a casi todos los del edificio, sin embargo, por mí sentía más que odio. Literalmente, me tenía arrechera.

Si me encontraba sentada en los escalones de la entrada del edificio (el edificio era de la onda de los 40, con escaloncitos amplios y techos altos) me sacaba de allí a empellones verbales y escobazos (sólo me barría los pies, pero pueden creerme que una barrida experimentada vale tanto como un tortazo bien asestado con el palo de la escoba). Su hija, Olivia, así le decían los muchachos, era una cuarentona flaca y desgarrada con una voz particularmente chillona, y por eso cuando hablaba me fijaba en su nariz para cerciorarme de que no tuviera una pinza de hierro aprisionándole los orificios. Olivia también me odiaba, aunque no tanto como Popeye, sus sentimientos eran un poco más refinados, no tan agrestes ni tan macerados en formol. Su manera de odiarme era más bien *light*, de poco seso y poca garra. Un sentimiento propio de alguien como ella. A su vez Olivia tenía una hija a la que nadie puso sobrenombre, tendría unos 16 años y supongo que también me odiaba porque lo que se hereda nunca está de más, y en serio que me daba lástima esa pobre niña asfixiándose con el humo de la pipa que no le hacía falta a Popeye para ser Popeye, y perdiendo los oídos de tanto andar con Olivia, a veces la voz de esa mujer me recordaba a las uñas diabólicas de Freddy Krueger rasgando pizarras de tiza.

Llevaba una vida normal, es decir, todos a mi alrededor parecían ser tan normales. Todos, sin excepción, parecíamos llevar piedras en los bolsillos. Caminábamos pesadamente, arrastrando los minutos, de manera que se dieran duro contra la escalera. Siempre sonreíamos, todos menos Popeye. Amábamos el edificio y lo odiábamos, al mismo tiempo, cada uno impulsado por motivos varios y equidistantes. Amábamos la vida, y también la odiábamos muy seguido, nos aferrábamos a ella, con nuestros deditos sucios a causa del polvo que se colaba en las habitaciones, y maldecíamos a la alcaldía, en conjunto, cuando había racionamientos de agua.

Popeye se me hacía una vieja normal, de mil años, que restregaba el piso del *hall* con una ira normal, tan propia, tan justificada. La señora Chele, una señora normal, pálida como una pared, aquejada de una enfermedad invasiva e incurable, derritiéndose en su habitación como la cera de una vela, muriéndose, por así decirlo, normalmente. Patricia, una chica normal, de minifalda y escote con logotipos de la polar, preparándose para vender cervezas en un partido del

universitario y pellizcándole el trasero a Mario en su carro *tuning*, mientras escuchan discos de reggae. Yo, una estudiante normal, devorando libros y brownies de marihuana echada en mi cama y pensando que llevaba una vida normal, no como en las grandes películas, o en las grandes historias, sino una en donde la gente vivía y moría, como si no fuera gran cosa, como parte de algo que resultaba tan cotidiano, que no se dejaba notar y mucho menos analizar en profundidad.

Aquel contexto me resultaba dolorosamente real, incluso llegué a pensar que la ciudad estaba compuesta de miles de edificios como aquel, que era una hilera interminable de edificios como aquel, con una universidad en el medio y muchos carros *tuning* estacionados en contravía hasta que conocí a Jacobo y, sólo empecé a pensar en cuando él me besaba.

Era una sensación suave, como de trufa de chocolate derretida en el microondas, como de mousse de parchita que pisas con el pie descalzo, como de algodón en el puño de la mano. No exagero cuando digo que me enamoré locamente de él, que por esa época, me sentía como en una montaña rusa, que, muy predeciblemente, mis sentimientos se descontrolaban y me rebasaban, a tal punto, que comenzaron a ser autónomos. En menos de un segundo podía verme arrebatada de furia o invadida por el deseo. Mi estado de ánimo se reducía a una fruta seca, deshidratada al sol, cuando estaba lejos de él.

La primera vez que descubrí que salía con otra chica lo mandé al demonio, y sólo me recreaba en imaginar escenas bizarras en las cuales ambos morían atravesados por navajas o abaleados por accidente en callejones infames. Debo confesar que mientras más doloroso fuera el momento para ellos, más gratificante resultaba para mí. Eran devaneos salvajes, pero funcionaban, de cierta forma me hacían sentir reivindicada. Mi ego había quedado por el suelo como un trapo de coles.

Luego de pasar meses enteros sin enterarme de cómo iban las cosas en la casa o en el edificio, aquel episodio con Jacobo me estrellaba de vuelta contra las paredes. Comencé a notar en el *nonno* una excitación febril que según Patricia se venía manifestando desde hacía semanas, pero que no logré identificar completamente hasta el día en que reventó el

excusado jugando a que lo reparaba. Eso hizo, jugó a que reparaba el traste sin que aquél le hubiese dado mayores motivos. Arrastró la pesada caja de herramientas y empezó a echar mano de pinzas, alicates y destornilladores hasta que dejó el excusado de una pieza, y soltando agua como si se tratara de una fuente.

Llegamos una noche a casa y lo encontramos reclinado en el suelo del baño, empapado de pies a cabeza, observando, tranquilísimo, como el agua lo inundaba todo. Un fajo de papeles, a su lado, se deshacía y chorreaba tinta. Ninguno tenía idea realmente de lo que estaba pasando, y el *nonno* sólo respondía que había reparado el excusado, como si hubiese sido posible que antes estuviera en peor estado.

Era el primer síntoma de lo que el médico diagnosticaría más tarde como demencia senil, una enfermedad que iría minando la escasa coherencia que se extendía por encima de nuestras cabezas como un cableado eléctrico, dejado de la mano del hombre, y que a cada tanto, generaba cortocircuitos, chamuscando cualquier clase de intento de llevar la casa con dignidad.

El *nonno* quería sentirse útil. Intentaba distraerse reventando el excusado, quebrando vajillas, escondiendo el teléfono o gritando improperios a cualquiera que se atreviera a marcar nuestro número, actitudes muy normales a su edad, si a ver vamos todos tenemos derecho a enloquecer un buen día. Digamos que se trataba de su dulce manera de cobrarse aquello de que jamás paráramos por allí, y que entonces él tuviera que pasarse gran parte de su tiempo sin nadie que le acompañara.

Cuando estaba de humor para darle cuerda, me sentaba en una de las sillas de la cocina, mientras él hacía desastres con la pasta, intentando cocinar platos imposibles, y le preguntaba cualquier estupidez, por lo general, cosas muy obvias, como por ejemplo si tenía hambre o si le gustaba mucho la pasta.

Me hablaba, indefectiblemente, de Italia, de unas manzanas inmensas y jugosas, de un viñedo, de un avión que al parecer piloteaba durante la segunda guerra mundial, un avión con el cual combatía en África, lugar en donde se contagiaba de malaria y era dado de baja, y luego de nuevo Italia, las manzanas inmensas y jugosas, un viñedo. Nunca me contestó si tenía hambre o no, tampoco si le gustaba la pasta, aunque imagino que le gustaba a rabiar, puesto que jamás lo encontré cocinando otro plato.

Sus ideas se concatenaban siempre en el mismo orden, aunque no puedo negar que en ocasiones me impresionaba con alguna frase improvisada. Por más que intenté ahondar en su pequeño mundo anecdótico nunca pude obtener algo distinto a informaciones vagas y poco novedosas. Sentía que tiraba de hilos invisibles que quedaban como cabos sueltos tendidos sobre la mesa, cabos que nos separaban de manera brutal, porque no me dejaban traspasar las fronteras que iban de lo general a lo particular. De África sólo decía que hacía calor, y del viñedo que hacía frío, de la guerra sólo decía que era mala, y de las manzanas que eran buenas, si estaba de suerte, agregaba que por el viñedo iba descalzo y que por África iba en avión, en fin, nada que no hubiese podido imaginar por mi cuenta.

A pesar de que su temperamento paulatinamente se iba tornando más y más irascible, llegué a tenerle cariño a aquel viejo que se sentaba ante fajos de papeles amarillentos y sostenía un lápiz, no sé si para engañarse a sí mismo más que para engañar a los demás. Fingía que tenía ocupaciones, que realmente rayaba el papel, que incluso necesitaba sumar o restar cifras en la calculadora. En las mañanas fingía que salía a trabajar, entonces tomaba un maletín de cuero y le daba vueltas a la cuadra, sólo dos o tres vueltas, para luego terminar sentado en un banco próximo al edificio, abrumado por el recuerdo de unas manzanas jugosas, de un viñedo, de un avión, hundido en el olor del cuero viejo del maletín como un buque que se estrella contra un iceberg y entonces era como si su tripulación hubiera perdido totalmente la noción de lo que sería el camino sin el iceberg, porque el iceberg se había convertido en el único camino.

Un balde de agua fría para alguien tan joven como yo, un iceberg inmenso que se protegía del frío de un viñedo con camisas a cuadros y botones al centro, y que me apaleaba en la idea de mi cuerpo joven, de mi vida recién comenzada, porque esa vida tarde o temprano podía quedar reducida al recuerdo informe de unas manzanas jugosas, de un viñedo, de un avión. Y entonces sólo quería sentir frío en África, un frío que calara en los huesos tanto, pero tanto, que aún a la edad del viejo, helara por dentro, congelando cada minuto para poder guardármelo hasta el final. Otras veces sólo quería sentir frío en África, un frío que calara en los huesos tanto, pero tanto, que me dejara muerta ipso facto en las dunas del desierto a una edad razonable.

Sé que no es extraño, pero tampoco quería lo de la señora Chele, no quería esa manguerita conectando la vejiga con una bolsa plástica, no quería el hospital, los tratamientos absurdos y prolongados, el dolor difuminándose en ojeras espesas, el temor de los hijos demasiado jóvenes, el horror del padre demasiado anciano.

Meditando sobre estos temas, una tarde llegué finalmente a la conclusión de que lo único que quería era irme de safari por África y divertirme muchísimo y que luego me piqueteara una cobra y me dejara muerta ipso facto en las dunas del desierto a una edad razonable. Ya no me importaba si hacía frío o no.

Jacobo reapareció en mi vida dos meses después de que lo mandé al demonio, no sé si las reflexiones sórdidas en las que recaía constantemente, influenciada quizás por mi entorno, tuvieron que ver en la decisión de aceptarlo de vuelta. No estaba mal pensar sólo en cuando él me besaba. Era una sensación tan suave. Era como guardar un bocado de mango bajo la lengua, era como ponerte zapatos cómodos, era como usar pijamas de seda. Luego de Jacobo, logré entender a Patricia, caí en cuenta de que ella seguro se la pasaba pensando en cuando Mario la besaba y por eso no podía dejar de hablar de él nunca, pero nunca... nunca.

Durante la primera etapa de la reconciliación todo parecía una fiesta. Él insistía en que su desliz había sido fruto de una lamentable confusión y se rasgaba las camisas ovejita, de rodillas en el piso, para que yo le creyera. Y de hecho le creí. Sé que en el fondo Jacobo me quería, aún hoy sigo pensando que en algún momento llegó a quererme mucho; no

sé cómo explicarlo, pero son cosas de las que uno se da cuenta.

Cuando alguien que te quiere te toma de las manos sientes, de inmediato, que ningún avión por más que se canse de sobrevolar África, disparando artillería pesada, puede desbaratarte los dedos. Cuando alguien que te quiere te toma de las manos sientes que el sol enciende tus dedos y que la nieve, por igual, los enciende, y es como si un viento helado te quemara la piel y las palabras, y una voz te dijera, desde lo más profundo, una voz muy parecida a la de la vocalista de Massive Attack en el video de “Teardrop”, pero no en el útero de su madre como aparece allí, sino como su voz caminando descalza por un viñedo, que a pesar de los cambios extremos de temperatura, es imposible morir de apoplejía o de cualquier otro mal, porque la apoplejía no existe y la muerte tampoco. Y es como si sólo existiera la vida, en esa mano, en ese momento.

Durante la segunda etapa de la reconciliación volvimos a nuestras consabidas rutinas. Nuestra preferida era escaparnos de clases y refugiarnos en un parquecito infantil que quedaba cerca de la universidad. El parque tenía una rueda, columpios y dos toboganes tan oxidados, que no podíamos sino imaginarlos como boletos seguros para una divertidísima tarde de piquetitos leves y antitetánicas en el clínico universitario.

Para llegar allí teníamos que subir durante media hora por las Colinas de los Chaguaramos, y aunque llegábamos reventados, sudando a goterones, sentíamos que valía la pena porque el parque siempre estaba solo y porque desde allí teníamos una vista impresionante de Plaza Venezuela y sus alrededores.

Recuerdo que un miércoles, a mediados del segundo semestre, le dije a Jacobo para ir al parque. En la clase de Latín tendríamos parcial, no me había aprendido las declinaciones y lo mejor que se me ocurría era hacerme pasar por enferma. Con la tarde libre y las espaldas cubiertas, compré dos litros de vino de tetrapak y lo esperé sentada en los escaloncitos del edificio a pesar de las miradas fulminantes y las barridas intempestivas de Popeye. Cuando empezamos a subir por la colina, ya el cielo estaba tan gris como un cartón de huevos, las nubes parecían claras de huevo cocidas y aplastadas sobre un fondo áspero, cansino. Qué

decir del amarillo resplandeciente de las yemas, de ese amarillo ni el rastro. El cielo estaba hecho una tortilla de bajo contenido calórico, y nosotros continuábamos subiendo a pesar de la fina garúa que empezaba a humedecer nuestras ropas.

A pocos metros del parque, no nos quedó más que correr, el cielo se había convertido en una regadera inmensa, alguien había girado la llave del agua fría y nos congelábamos. Nos pusimos a resguardo bajo lo que pretendía ser el salón de fiestas del parque, un rectángulo pavimentado cubierto por un techo de zinc, con un mesón de ladrillos al fondo, cercano a un tubo larguísimo, donde en tiempos pasados, los vecinos de los alrededores seguramente colgaban las piñatas de sus niños.

Jacobo se puso su chaqueta y yo me metí en un suéter de lana no muy grueso, pero cumplidor. Hundimos un lápiz en el cartón del primer tetrapak para abrirle paso al pitillo que habíamos llevado con nosotros, y así evitarnos el fastidio de los vasos plásticos que se estrujan en las mochilas, aprisionados entre los libros y las cajas de cd's. Con las primeras chupaditas al pitillo el frío se nos fue olvidando y pensamos que era un buen momento para fumar hierba ya que nadie, con el dominio absoluto de sus facultades mentales, se le ocurriría irse al parque en medio de aquel aguacero.

El techo tenía muchas goteras pero, por ensayo y error, logramos conseguir un reducido perímetro en donde casi no nos mojábamos. Por un rato estuvimos viendo como los relámpagos estallaban a lo lejos. Era un espectáculo bellissimo, primero un puntito de luz, luego el cielo desgarrado, hecho jirones por una cuchilla brillante, precisa y flexible, que adoptaba las maneras de un reptil y se deslizaba como una culebrilla de agua en el agua que era, en esos momentos, el cielo. Pero dejamos de verlos cuando uno de los relámpagos impactó en un árbol que se encontraba en un recodo del parque y entonces sentimos miedo porque recordamos que el parque estaba inundado y que la electricidad viajaba de maravilla a través del agua.

Aún impresionados, e imposibilitados de hablar, preferimos dejar que nuestros labios se acercaran para no dejarles oportunidad de darle nombre a lo que pasaba a nuestro alrededor. Recuerdo el sonido de la lluvia

sobrepasado por los truenos, recuerdo las manos de Jacobo que recorrían mi cuerpo como culebrillas de agua, como relámpagos, como cuchillas brillantes que me hacían jirones, y me hacían sentir como si yo misma fuera el cielo. Recuerdo las manos blanquísimas de Jacobo deslizándose dentro de mis pantalones, recuerdo la boca de Jacobo como una sensación suave que recorría mis pechos, se detenía en mi ombligo y volvía a subir.

Me regalaba un avión. Esa tarde Jacobo me regalaba un avión muy parecido al del viejo y no me di cuenta hasta unos años después, cuando lo encontré convertido en ceniza en algún lugar de mi cabeza, abatido, y no obstante, girando sus hélices todavía. Suspendido en la memoria.

Recuerdo que la lluvia arreciaba, recuerdo que entonces me puso nerviosa el que alguien pudiera vernos, recuerdo que a pesar de que era, prácticamente, un imposible, sentía que alguien nos veía (el salón tenía una sola pared y estábamos al descubierto), recuerdo que, de repente, me empezó a gustar la idea de que alguien nos estuviera viendo, recuerdo que luego me sorprendí muriéndome de ganas de que alguien nos viera, y era extraño, era tan extraño que empecé a sentir vergüenza conmigo misma y no me pude concentrar más en lo que hacíamos, entonces empecé a reír como loca y a Jacobo se le bajó y dejamos de hacerlo y buscamos el lápiz en la mochila para abrir el otro tetrapak.

Encendimos un porro y nos terminamos el vino observando como la noche envolvía a la ciudad en un manto oscuro. Jacobo en un raptó de sinceridad, o de borrachera, empezó a hablar del tiempo en que estuvimos separados, por primera vez se atrevía a hablar de la otra muchacha.

Yo sabía quién era ella, la había visto. En un par de ocasiones, incluso, habíamos llegado a cruzar algunas palabras. Tomaba los mismos cursos de Jacobo.

Lo primero que me hizo notarla, entre tanta gente que iba y venía por los pasillos de la facu, fue su tendencia a llevar falditas mínimas que evidenciaban un mal gusto sólo parangonable a la estética de la televisión venezolana en los 90's. Tenía ojos verdes, rayados, como de gato, su piel era pálida y pecosa, y arrastraba los pies de una manera exagerada al caminar.

No sabía qué era pero había algo que me molestaba de ella, siempre que iba por la Escuela de Psicología a esperar a Jacobo, sentía que la chica nunca dejaba de mirarme, sus ojos de gato eran como tachuelas que me clavaban de las banquetas cuando me sentaba y de las carteleras cuando atravesaba el pasillo. Uno de los momentos más aterradores de mi vida sucedió una tarde de diciembre en la Escuela de Psicología, estaba sentada, como de costumbre, esperando a Jacobo y la rubia que atraviesa el pasillo llevando una falda idéntica a un modelo diseñado, cortado y confeccionado, por mi propia mano. Nunca había visto una falda tan parecida a la venta en ninguna tienda, entendí que la había encargado a una costurera nada profesional a juzgar por el corte de la pieza. El parecido de sus zapatillas con unas de mis zapatillas favoritas, confirmaron mi hipótesis... la tipita quería copiarme los trapos.

Petrificada, convertida en un cubito de hielo, sudando frío, me declaré en estado de emergencia, recordé las veces que se había acercado hasta mí para hablarme, recordé cómo me miraba y pensé que, sin lugar a dudas, desde el punto de vista más pesimista me enfrentaba con una acechadora, una psicópata de ojitos lindos que intentaría, cuando las condiciones le fueran favorables, rasgarme las venas con un portaminas en el baño de damas. Si intentaba ver los hechos desde el punto de vista más optimista, podía simplemente pensar que se trataba de una *wannabe*, esos seres despersonalizados y robóticos, que según Fiori, intentan apoderarse del alma de los demás a través de un ritual pseudo-esotérico que consiste en vestir, hablar, caminar, hacer gestos idénticos a los de su víctima, hasta arrebatárles todo y dejarlos secos como un tronco.

Unas semanas más tarde me encontré con que Jacobo estaba saliendo con ella...

Me quería como morir, no obstante, sentí que el misterio de la muchacha del pasillo se había develado. Nunca entendí qué fue primero, si el huevo o la gallina, si era que la tipita intentaba copiarme para llamar la atención de Jacobo, o si era que para copiarme mejor se las hizo con mi novio. Todo aquello era enfermo, me olía a podrido, y esa noche en el parquecito infantil, sentía que por fin Jacobo me daría las piezas que me faltaban para armar, en retrospectiva, el rompecabezas en que se habían convertido aquellos meses.

La noche había caído en el parque de repente, y Jacobo que se me iba por las ramas y yo que no quería preguntarle cosas demasiado directamente para que no se fuera a cortar. Estuvo hablando durante media hora en el parque y luego una hora más de camino a su casa. El balance de la noche fue el siguiente:

1. La chica tenía un pasado tristísimo y lo usaba para manipular a los mentecatos como Jacobo. Incluso yo estuve a punto de llorar cuando me contó cómo la rubia vio a su madre hecha papilla en el guardafango de un camión de verduras cuando cursaba el primer año del bachillerato.

2. Jacobo quería dárselas de buenito enredándose con ella.

3. La chica estaba muy mal de la azotea y terminó por convertirse en una arpía que trataba terriblemente a Jacobo y veía la realidad de manera distorsionada y enferma.

4. Jacobo, muy convenientemente, entendió que me amaba a mí y no a ella.

5. Llegó un momento en que pensé que la chica necesitaba a Jacobo más que yo, y por un breve lapso de delirio, quise con cada centímetro de mi alma, cedérselo.

6. Aunque nos resultara muy barato no debíamos tomar vino de tetrapak.

Esa noche terminamos en casa de Jacobo lo que habíamos empezado en el parque y sólo puedo decir que fue como morir mil veces y reencarnar luego otras mil veces... una detrás de otra. Y así fue como rompimos con las etapas de las reconciliaciones, nuestra relación volvió a enmarcarse en la cotidianidad, cada uno era para el otro una extensión de sí mismo.

En la casa todo iba de mal en peor, la señora Chele cada vez se ponía más enferma, el *nonno* enloquecía más y más, y Patricia no dejaba de hablar de Mario nunca, pero nunca... nunca. Era su mecanismo de defensa ante la depresión. Yo terminé optando por pasarme largas temporadas en donde Jacobo cuando al *nonno* le daba por reventar el excusado. Nos dejaba en blanco... era el único que había en el apartamento.

En la escuela no conocía a casi nadie, había hecho buenas migas con una chica llamada Fiori que desapareció de los salones de clases, misteriosamente, a finales del segundo semestre. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Cuando intentaba llamarla la operadora me indicaba que la línea de su celular estaba cortada y cuando preguntaba por ella a los demás compañeros de clases ninguno parecía conocerla o tan siquiera recordarla. Era como si nunca hubiese existido, o peor, era como si yo hubiese transcurrido dos semestres enteros caminando junto a un fantasma.

Pronto me aburrí de buscarla por la facu y sus alrededores, la gente me veía raro y dejé de preguntar por ella. No podía creer que yo me la hubiese inventando, era tan ella, tan Fiori, que me consolaba pensando que mi imaginación por más desequilibrada que estuviese jamás hubiese dado con la fórmula que constituía a Fiori en cuanto a Fiori... era una muchacha loca como los pájaros.

Las clases a veces me parecían aburridísimas y la biblioteca, sin Fiori, se me hacía un lugar demasiado triste, me había acostumbrado a que ella me acompañara y ya ni me avergonzaba cuando ella hojeaba revistas que sacaba de su cartera o cuando se ponía a transcribir canciones de Los Perros Robóticos en lugar de pedir libros a los bibliotecarios como hacíamos los demás. Mi única válvula de escape era Jacobo y pensar en cuando él me besaba aunque estuviera al tanto de que me engañaba, de nuevo, con una chica de su escuela.

Esa segunda vez no tuve el valor para mandarlo al demonio aunque me sentía como una bolsa; cuando caminaba por los jardines aledaños a la Escuela de Psicología sentía que los otros estudiantes se burlaban de mí y aquello me hacía sentir verde de la ira, tan verde como la grama sobre la cual ellos estaban sentados, y en esos momentos juro que sólo pensaba en que quería ponerme aún más verde, tan verde que ya nadie pudiera diferenciarme en el jardín, entre las hojas de los árboles y la grama.

Y entonces pasó aquello. Era como si alguien hubiese dejado la llave del agua fría abierta para siempre, no como la vez en el parque, esta vez los polos se derretían por completo y todos los cubos de hielo de todas las cubetas del planeta se sumaban a aquel diluvio. Del cielo caía granizo y éste le daba forma a lo que terminó siendo, por lo menos para mí, la verdadera parte de la historia entre Jacobo y yo. Es tan curioso... pensar que precisamente la parte que no nos pertenecía se convirtió, a último momento, en la única.

La rubia estaba muerta. La encontraron embutida en el asiento del copiloto de un carro *tuning* junto al que había sido su novio hasta aquella noche en que, haciendo piques cerca del túnel de La Trinidad, perdieron el control del volante y se estrellaron contra un cerro de las cercanías. El carro quedó hecho una lata, los muchachos quedaron irreconocibles. En la morgue comprobaron que estaban borrachos como unas cubas, ambos tenían niveles elevadísimos de alcohol en la sangre. La rubia acababa de cumplir 17.

Un profesor de la escuela le rogó a Jacobo que fuera a reconocer el cadáver de la muchacha, era huérfana y nadie sabía cómo contactar a sus parientes lejanos. El cadáver llevaba en la morgue más de una semana y acertaron al pensar que ninguno de los de la escuela podía conocer mejor que Jacobo el cuerpo de la muchacha. Estaba totalmente desfigurada.

En la morgue, Jacobo se enteró de muchísimas cosas que ignoraba, como por ejemplo, que desde que él había retomado su relación conmigo la muchacha empezó a emborracharse constantemente y a hablar de la vida de una manera mucho más ácida. Luego inició una relación con el piloto del carro envenenado pero aquello no hizo que dejara de emborracharse, el tipo le llevaba diez años y estaba tatuado hasta en lo blanco del ojo. Su compañera de habitación en la residencia estudiantil dejó de salir con ellos desde el día en que la rubita había espoleado al de los tatuajes para que pasara a una fila de carros en la autopista a más de 160 kilómetros por hora.

Jacobo fue presa de las peores pesadillas durante semanas. A veces, mientras se encontraba en la fase limítrofe entre el sueño y la vigilia, veía como las manos de la muchacha avanzaban desde la oscuridad intentando tocarlo. Decía que estaba seguro de que eran sus manos, desde siempre había sido muy supersticioso.

Yo también tenía pesadillas constantes pero por otros motivos. La ciudad se me hacía, esta vez, una hilera de carros *tuning* aplastados con una universidad en el medio, y muchos cadáveres en derredor. No podía contar con mis dedos cuántas veces le había deseado la muerte a esa chica, y pensar en que jamás lo había hecho en serio no me ayudaba, no me hacía sentir para nada mejor. El tiempo se me hacía meramente subjuntivo, si yo hubiera... si él hubiera... si ella hubiera... la vida de ambos hubiera sido distinta, seguro, también la muerte de ella... distinta. Me arrepentí hasta la médula de no haberle cedido a Jacobo como se ocurrió, de manera fugaz, la noche del parque.

Sentía que aquello se convertía en mi malaria, en mi karma. Estaba afiebrada, deliraba, empecé a ver a Jacobo como la peor de las maldiciones chinas. Una tarde lo llamé por teléfono y le dije que terminábamos, que no quería verlo más nunca y que era definitivo. Colgué el teléfono y lloré como si los polos se derritieran en mis ojos, como si el recalentamiento global quemara desde adentro y fuera algo muy mío, y sentía que los osos polares de la tele se ahogaban en la mesa del teléfono y las focas y los pingüinos se desangraban en la cerámica del apartamento, y aullaban de dolor, imprecándome.

Sabía que estaba saliendo con otra chica de su escuela. No quería que la historia se repitiera... una vez con malaria alcanza para el resto de la vida. Lo sabía por el viejo, por unas manzanas inmensas y jugosas, por un viñedo, por un avión.



Dayana Fraile (Anzoátegui, 1985) Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Durante varios años se desempeñó como personal de planta de Monte Ávila Editores. Trabajos creativos

de su autoría han sido distinguidos con premios y menciones en concursos, como el Festival Literario Ucevista, la Semana de la Nueva Narrativa Urbana y el Concurso de Cuentos Policlínica Metropolitana para Jóvenes Autores. Su libro de cuentos *Granizo* (2011) fue galardonado y editado por la Primera Bienal de Literatura Julián Padrón. Actualmente cursa estudios avanzados de Gramática Inglesa en North Carolina (Estados Unidos). Recientemente se alzó con el VI Premio de Cuento Policlínica Metropolitana con el cuento *Evocación y elogio de Federico Alvarado Muñoz. A tres años de su muerte.*